

A golpe de evidencias, el cambio climático dejó de ser percibido como una teoría apocalíptica para convertirse en una preocupación social de primer orden. En las agendas de los gobernantes empieza a hacerse un hueco, aunque el proceso de calentamiento de la Tierra sigue imparable. Ante esta encrucijada, los grupos ecologistas apuestan por las energías renovables y la reducción del consumo para recortar las emisiones de dióxido de carbono a la atmósfera, mientras que otras voces reclaman la construcción de centrales nucleares.

Encrucijada ante el cambio climático

[escribe **Fernando Salgado** | fotografía EF:]

En marzo de 1958, Charles Keeling lanzaba un globo aerostático sobre Mauna Loa (Hawái) para medir la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera. La última referencia de este observatorio indica que ha alcanzado los niveles más altos en 650.000 años. Todo apunta en la dirección de que su presencia seguirá aumentando y, con ella, el calentamiento del planeta.

Los científicos buscan en los hielos situados en las profundidades de la Antártida la concentración de este gas en épocas anteriores, y la conclusión que extrajeron resulta inquietante: el nivel actual supera en un 29% el más alto medido hasta la fecha.

A golpe de evidencias, el cambio climático dejó de ser percibido

como una teoría apocalíptica para instalarse entre las preocupaciones sociales. Reducir drásticamente el uso de combustibles de origen fósil, consumir menos y apostar por otras fuentes sostenibles es la exigencia que plantean las organizaciones ecologistas. Los gobernantes de las principales potencias incluyen este tema tangencialmente en sus programas. El último anuncio se produjo el 9 de julio en Japón. El G-8 se comprometió a rebajar las emisiones en un 50%, marcándose un plazo hasta 2050, al tiempo que instaba a China e India a seguir sus pasos, con resultados negativos.

La subida de los precios del petróleo, el gas y la electricidad están provocando un malestar que sirve de detonante para la reapertura

del debate sobre la conveniencia de apostar por la energía nuclear. A pesar de estar fuertemente subvencionada, sólo proporciona el 10% del total de la energía que consume el Europa -según los datos de la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA)-, y en países donde apostaron fuertemente por esta vía, como Japón o Francia, no llega al 20%. Japón, además, figura sólo por detrás de Estados Unidos y Rusia en el apartado de producción de toneladas de dióxido de carbono por habitante y año: son 11, por 15 de Rusia y 24 de EEUU.

En EEUU hay 104 centrales. Le siguen: Francia (59), Japón (55), Rusia (31), Corea (20), Reino Unido (19), Canadá (18), India y Alemania (17), Ucrania (15), China (11)

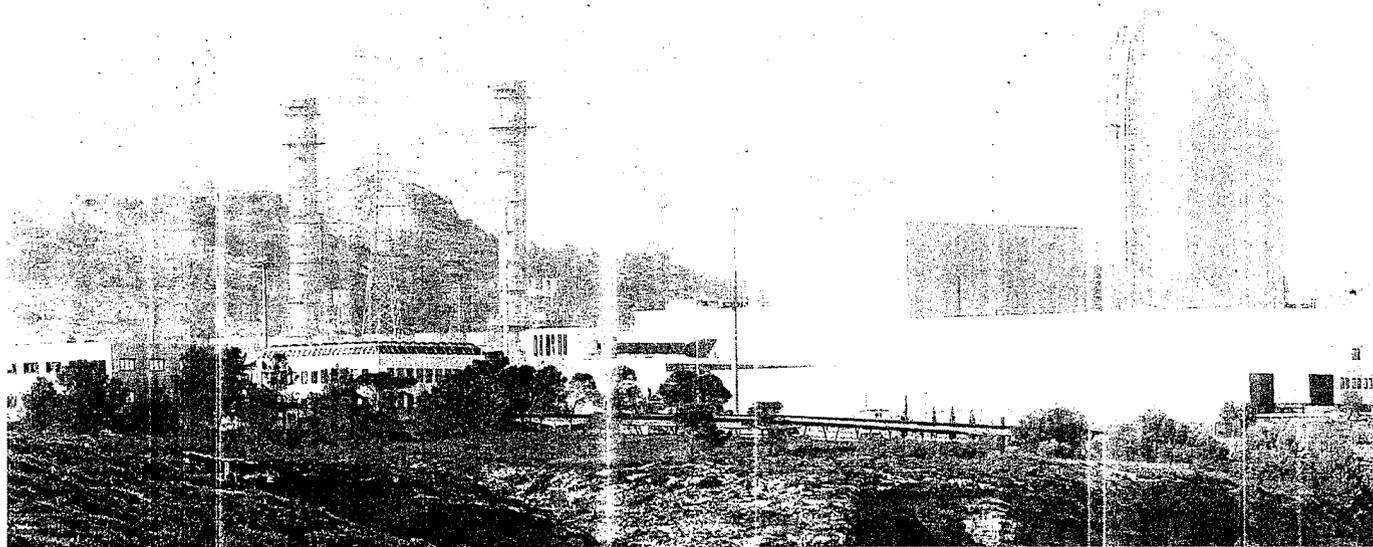
y Suecia, con diez plantas. España, con ocho, está en el puesto trece. El proceso que sigue el uranio desde su extracción hasta que se convierte en un mineral útil es muy costoso, tanto desde el punto de vista económico como medioambiental, porque más del 99% no puede utilizarse y se convierte en un residuo tóxico, recalcan los grupos ecologistas. Y en 2025 habría déficit, afirman, por lo que la construcción de nuevas plantas no tendría sentido.

El almacenaje de los residuos es otro de los problemas sin resolver. Varios los transportan a naciones en vías de desarrollo, a cambio de compensaciones económicas.

En la memoria colectiva sigue presente el recuerdo del accidente que se produjo en 1986 en Chérbobil

(Ucrania), liberando toneladas de iodo, cesio, estroncio y plutonio. Una nube afectó a grandes áreas de la ex-Unión Soviética, Asia y Europa, alcanzando a Cataluña y Baleares. Superó los 50 millones de curios, una cantidad 200 veces mayor que la de las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945.

Según datos publicados por la ONU, un área equivalente a la superficie de Holanda sigue fuertemente contaminada. El número de afectados es de siete millones de personas en Bielorrusia, Ucrania y Rusia, de los que tres millones son niños. Todavía viven 1,8 millones en zonas contaminadas, y el coste calculado para hacer frente al tratamiento de los afectados asciende a 240.000 millones de euros. ■



Sobre la superficie de la Tierra están ubicadas más de 430 centrales nucleares, de las de ocho se encuentran en territorio español; en la imagen, la de Vandellòs (Tarragona). [EF]

■ La Tierra es un barco sin gobierno que navega río abajo y acabará estrellándose contra las rocas. La humanidad sólo dispone de una posibilidad de amortiguar las consecuencias del impacto, y el único recurso que tiene a su alcance para recortar las emisiones es apostar por la energía nuclear. Este diagnóstico figura en el libro 'La venganza de la Tierra', escrito por James Lovelock en 2006 y coincide, en sus recomendaciones, con las que plantea la Agencia Internacional de la Energía, que cifra en 1.280 las nuevas plantas que serían necesarias. Con el enunciado de la Teoría de Gaia, que contempla la Tierra como un sistema auto-regulado

Amortiguar el impacto

El creador de la Teoría de Gaia apuesta por la energía nuclear para reducir las emisiones de dióxido de carbono

que surge de la totalidad de organismos que la componen, las rocas de la superficie, los océanos y la atmósfera, unidos y en constante evolución, había asentado las bases del ecologismo. Superados los 87 años, mantiene que la energía nuclear permitiría superar la emergencia. Después, sería el momento de plantearse la diversificación de las fuentes, agrega.

Pero, tras el golpe, nada será igual, porque para evitar que se repita el episodio, la humanidad se verá

abocada a adaptarse a un nuevo modo de vida, y la propia dinámica del planeta provocaría que la población disminuyese el 50%. "El sistema medioambiental se colapsará si intentamos que todos los seres humanos lleven un estilo de vida similar al de los europeos", expone parafraseando a otro científico, Stephen Schneider. Hoy, las centrales nucleares ofrecen un nivel de seguridad que no podría compararse con el de Chérbobil, cuyo escape provocó

120 muertes -la mayor parte, trabajadores y bomberos, precisa-, y la vida florece de nuevo en su entorno, sostiene. Mientras quemar combustibles fósiles genera 27.000 millones de toneladas de dióxido de carbono al año, producir la misma energía, por medio de reactores daría lugar a una cantidad que podría guardarse en un cubo de 16 metros de lado y ser reutilizada para usos domésticos. El uranio no se agotaría porque el de bajo grado es "extremadamente abundante" y puede extraerse del granito, subraya.

"Se suele pensar que el David nuclear se enfrenta al Goliath de la industria nuclear, pero esa imagen está lejos de la realidad. Los

grupos de presión ecologistas son grandes y poderosos, mientras que la industria nuclear es minúscula, comparada con las empresas petroleras o del carbón, que sí lo son verdaderamente", sostiene.

"La Tierra no se incendia, pero se vuelve lo bastante cálida como para fundir la mayor parte del hielo de Groenlandia y la Antártida Occidental. Ello añadirá a los océanos tanta agua que el nivel del mar subirá 14 metros. Es impresionante pensar que la mayoría de los actuales grandes núcleos de población quedarán debajo del nivel del mar en lo que, en términos geológicos, apenas es un instante en la vida de la Tierra", vaticina James Lovelock. ■